

DEVENIRES

Artículos

ARLET BECERRA RODRÍGUEZ Agencia social y enactivismo. Apuntes para pensar la relación entre normas morales y cuerpos

GUSTAVO GARCÍA CONDE Mestizaje y codigofagia: crítica a las categorías raciales desde la semiótica de la cultura

Pensamiento de la izquierda

ADÁN PANDO MORENO La noción de democracia en la agenda de la izquierda socialista mexicana...

EMILIANO MENDOZA SOLÍS Tomás Segovia, una izquierda al margen

Dossier Nuevas críticas del poder

RAINER MAUSFELD El miedo de las élites del poder al pueblo...

DANIEL LOICK Tareas para una teoría crítica del derecho

HAUKE RITZ La dimensión cultural de la Guerra Fría y 1968

Entrevista

BACA / ENRÍQUEZ / CASALES Dimensión hermenéutica del arte y la educación.
Entrevista a Mauricio Beuchot



LA NOCIÓN DE DEMOCRACIA EN LA AGENDA DE LA IZQUIERDA SOCIALISTA MEXICANA DESDE LA DÉCADA DE 1960 HASTA LA CONFORMACIÓN DEL PRD

Adán Pando Moreno

Facultad de Filosofía, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

adan.pando@umich.mx

Resumen: Se sostiene que la democracia –no tanto como concepto teórico, sino como una noción político-ideológica que circulaba en los documentos programáticos, la propaganda, la prensa y los discursos de organizaciones políticas de izquierda mexicana desde principios de la década de 1960– era una reivindicación y un valor político tanto de la izquierda socialista, encabezada por el Partido Comunista Mexicano (PCM), como de la izquierda nacionalista. Dicha reivindicación fue cobrando centralidad desde antes de los debates políticos de los 1980 y figuró en la formación en 1989 del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Fue un proceso zigzagante que además se dio de modo concomitante con otros como el de la unidad de la izquierda. Para entender el tránsito por estas coyunturas se contextualizan los sectores políticos mencionados en la situación nacional y correlativamente con otras fuerzas. También se propone un esquema operativo de la izquierda que da cuenta de su dinamismo, y se critican dos planteamientos específicos sobre cómo se dio el proceso. La revaloración del papel que la izquierda socialista mexicana jugó en esas décadas como impulsora de la democracia es clave para comprender la evolución de fuerzas políticas recientes como el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA).

Palabras clave: Partido Comunista Mexicano, Partido Socialista Unificado de México, Partido de la Revolución Democrática, Movimiento de Regeneración Nacional.

Recibido: mayo 22, 2025. **Revisado:** noviembre 27, 2025. **Aceptado:** abril 21, 2026.

THE NOTION OF DEMOCRACY IN THE AGENDA OF THE SOCIALIST LEFT IN MEXICO SINCE THE 1960s UNTIL THE FORMATION OF THE PRD

Adán Pando Moreno

Facultad de Filosofía, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

adan.pando@umich.mx

Abstract: It is argued that democracy –not so much as a theoretical concept, but as a political-ideological notion circulating in the programmatic documents, propaganda, press, and general discourse of Mexican left-wing political organizations since the early 1960s– was both a vindication and a political value of the nationalist left as well as of the socialist left, led by the Mexican Communist Party (PCM). This reconfiguration of the notion of democracy began to gain central importance even before the political debates of the 1980s and figured in the formation, in 1989, of the Party of the Democratic Revolution (PRD). It was a zigzagging process that also unfolded concurrently with others, such as the process of left-wing unity. To understand the passage through these conjunctures, the aforementioned political sectors are contextualized within the national situation and in relation to other forces. An operational framework for the Left is proposed that accounts for its dynamism, while two specific interpretations of how the process unfolded are criticized. Reassessing the role that the Mexican socialist left played during those decades as a bulwark of democracy is key to understanding the evolution of recent political forces such as the National Regeneration Movement (MORENA).

Keywords: Mexican Communist Party, Mexican Unified Socialist Party, Party of the Democratic Revolution, National Regeneration Movement.

Received: May 22, 2024. **Revised:** November 27, 2025. **Accepted:** April 21, 2026.

Propósito¹

El propósito del presente artículo es sostener que la democracia (cierto que con variantes y matices) era una demanda y una propuesta de al menos dos de los sectores de la izquierda mexicana desde antes de los ochenta; los sectores llamados izquierda nacionalista e izquierda socialista. Más aún: que fue gracias a la izquierda socialista que partidos como el PRD hicieron de la democracia su núcleo político programático y discursivo y, de ahí, hasta MORENA en la actualidad.

Discrepamos de las tesis de Montes y, sobre todo, de las de M. Modonesi, quien sostiene que las sucesivas fusiones de la izquierda durante los ochenta fueron más bien actos desesperados para salir de la “crisis histórica de los comunistas” y sobrevivir. Y que, al final, la unidad en el PRD fue la claudicación y abandono de la izquierda socialista frente al nacionalismo revolucionario.

Pensamos, muy por el contrario, que hubo un sector de izquierda socialista que, desde fines de los años cincuenta, pensó seriamente en distintas formas de unidad amplia de la izquierda, que estas formas se fueron decantando paulatinamente por una fusión orgánica, y que en el ideario de estas mismas fuerzas estaba presente, desde esas fechas, la lucha por la democracia.

¹ Aclaración preliminar: este texto está redactado por alguien que fue partícipe de varios de los procesos aquí descritos. Colaboré con el PCM desde 1979, ingresé después, en 1981, en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y en el Partido Mexicano Socialista (PMS). Nunca llené una hoja de afiliación del PRD pero fui candidato a diputado federal uninominal por ese partido en 1991 (por mencionar sólo el periodo del artículo). Como dice mi amigo Jorge González, el *cómo* se hace deja su huella en el *qué* se hace y esta no es la excepción. Agrego que he conocido personalmente, en mayor o menor grado, a varios de los personajes de izquierda aquí nombrados, todos ellos merecen mi respeto al margen de las diferencias que hubiera; los juicios políticos que emito no deben ser interpretados como juicios personales. Cabe aclarar también que, por este mismo motivo, el lector posiblemente encontrará una especie de doble registro de escritura: uno, más cercano al uso académico y, otro, una narración más *emic*. Es intencional.

1. Introducción

El presente artículo se enmarca en los debates de la década de los ochenta del siglo XX en México, si bien para demostrar nuestro punto hemos de hacer un recorrido histórico treinta años atrás. La década de los ochenta tiene un peso específico de suma importancia sobre la historia contemporánea del país: el Proyecto de Nación actualmente gobernante, la Cuarta Transformación (la 4T), hunde sus raíces en propuestas y movimientos cuyo parteaguas fue la elección presidencial (federales en general) de 1988. Un proceso político electoral ya descrito múltiples veces en varias fuentes: el Frente Democrático Nacional (FDN), conjunción muy amplia de organizaciones políticas y sociales en torno a la fuerza centrípeta de la Corriente Democrática (CD) y su líder, el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, a quien sostienen como candidato contra la candidatura de Carlos Salinas de Gortari por parte del partido oficial gubernamental, el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Las elecciones se realizan el 6 de julio de 1988; el “sistema se cae” (por “sistema” se refirieron al sistema de cómputo electoral), en un acto fraudulento del Estado (como ha sido reconocido públicamente incluso por sus actores) ante la inminente pérdida de las elecciones frente Cuauhtémoc Cárdenas. Salinas de Gortari es nombrado presidente por las instituciones del Estado pero reconocido sólo como *de facto* por el FDN.

Se propone que el FDN se convierta en un partido político. Algunas organizaciones y personajes se retiran del FDN. Pero, finalmente, el 5 de mayo de 1989 se funda el Partido de la Revolución Democrática (PRD) usando el registro legal del Partido Mexicano Socialista (PMS). Se abre después otro capítulo de la historia aunque, podríamos decir, del mismo libro.

Los debates políticos de la década de los ochenta fueron muchos. No todos de la misma intensidad ni protagonismo ni importancia ni en los mismos ámbitos: la crisis económica, la nacionalización de la banca, las consecuencias de los sismos de septiembre de 1985, los intentos de reforma de la UNAM y el movimiento de oposición a dicha reforma (nucleados en torno al Consejo Estudiantil Universitario y del Consejo Académico Universitario), la reforma electoral de 1986, el ingreso al

GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, por sus siglas en inglés), el pacto de solidaridad económica, y hasta ser sede del Mundial de Fútbol. Pero hay un consenso en que el gran debate de la década fue la democracia. Lo fue para todas las fuerzas políticas y no sólo por razones teóricas sino muy prácticas: si bien había un debate muy importante en términos conceptuales en el ámbito académico, en el ámbito político y social el debate implicaba estrategias de acción.

Omitiremos, en aras del espacio, el análisis de las condiciones económicas, sociales, etc., del país en la década de los ochenta; por lo demás, ha sido mejor realizado ya por otros² y se encuentra como diagnóstico en la literatura que cubre la historia de la izquierda. Pero sí es necesario puntar mínimamente las causas que confluían en el debate en torno a la democracia:

- 1) El clamor de democracia se había acrecentado desde la década de los cincuenta, en particular con las elecciones entre Ruiz Cortínez (PRI) y Henríquez Guzmán (apoyado por la Federación de Partidos del Pueblo mexicano) en 1952. Figuras connotadas del nacionalismo revolucionario apoyaron a Henríquez –un expriista– como Francisco J. Múgica, exsecretario de Comunicaciones y Obras Públicas de Lázaro Cárdenas. Hubo acusaciones de fraude electoral; las protestas fueron reprimidas violentamente. El proceso electoral era opaco, el Gobierno era juez y parte en las elecciones. Pero aun en términos legal-electorales era una democracia muy restringida: el sufragio femenino se aprobó en 1953 y se pudo ejercer hasta 1955; no hubo diputados de minoría por partido sino desde 1964 y la cantidad de diputados de la oposición era ridículamente baja (por ejemplo, en 1964 fueron 35 de un total de 210 diputados).
- 2) Pero el clamor no era sólo por la democracia electoral. Se trataba también de la democracia sindical y de la vida civil. Por caso,

² Como ejemplo, para el análisis económico, vid. Chávez Ramírez, Paulina Irma. *Las cartas de intención y las políticas de estabilización y ajuste estructural de México. 1982-1994*. Instituto de Investigaciones Económicas UNAM / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México. 1996.

la consigna por la democracia sindical venía creciendo desde, al menos, la década de los cincuenta como parte de la búsqueda de un sindicalismo independiente y contra el sindicalismo oficialista (conocido como “charrismo”). La represión de 1968 fue el punto de quiebre del régimen. Después de casi dos décadas de reclamo social, el gobierno de Luis Echeverría Álvarez (electo en 1970) se vio obligado a proponer una “apertura democrática”; en realidad no era más que una frase demagógica porque no tenía implicaciones efectivas en la vida política. Mas algunas fuerzas políticas (incluyendo un sector importante dentro del PRI) se la tomaron en serio y dio pie a la siguiente fase.

- 3) La Reforma Política de 1977. Implementada durante el sexenio de José López-Portillo y diseñada por un grupo de connotados intelectuales priistas (en particular Jesús Reyes Heróles), intentaba ser la respuesta a la demanda social y política y, a la vez, la conservación de la hegemonía, como una estrategia de una fracción dentro del PRI que veía en esta Reforma la única salida moderna para la situación de México.

Un hecho de notar es que la democracia había sido una constante promesa del Gobierno hacia la ciudadanía, pero en la política real, la democracia acotada era una cuestión de disputa a puerta cerrada entre las élites del poder como una balanza de fuerzas y cuotas.

“En México la democracia avanza a tósidos”, era un dicho popular en los ochenta. Los cambios se realizaban con mucha lentitud, parciales y siempre parecían efecto de una crisis. Se habían acumulado las investigaciones críticas de tono más o menos académico contra el régimen (ya entonces caracterizado por presidencialista, corporativista, clientelar, de uso patrimonialista, etc.) desde los años sesenta y durante los setenta: Daniel Cosío Villegas (sus cuatro libros sobre la presidencia en México), Pablo González Casanova (*La democracia en México* de 1965), Arnaldo Córdova (*La formación del poder político en México* de 1972) entre los más conspicuos.

La esfera política se beneficiaba de estas investigaciones, por supuesto, pero tenía su propia dinámica. La derecha partidista (vale decir, el

Partido Acción Nacional, PAN) sólo había reclamado una tibia democracia electoral. La derecha ilustrada pedía una “democracia sin adjetivos” (título del ensayo de Enrique Krauze en 1984) apegada al más puro credo liberal.³ Era la izquierda la que había pugnado por reformas democráticas desde hacía tiempo. Entonces, en la década de los ochenta, por primera vez existían posibilidades de una competencia real (aunque acotada) político-electoral y de renovación de dirigencias pero, además, por primera vez existía el interés en varios sectores de la sociedad de que así fuera y participar en esa competencia.

Por supuesto, el debate sobre la democracia no se daba en términos puramente abstractos (excepto quizá para lo comentado sobre la derecha ilustrada). El debate atravesaba qué se entiende por democracia, qué lugar ocupaba en los programas, sus espacios sociales y políticos, si era un simple medio o un fin, incluso cuáles eran sus adjetivos apropiados.

2. La (auto) conciencia de la izquierda en México

Los estudios sobre la izquierda mexicana fueron muy escasos hasta aproximadamente la mencionada década de los ochenta del siglo pasado. Pienso que no es casualidad: las exigencias y oportunidades políticas de esa década empujaban a las organizaciones políticas a una cierta autorreflexión. Hoy, la bibliografía sobre la izquierda en México ya es copiosa aunque no quiere decir que todos los temas estén agotados. Además de la cantidad, deberemos mencionar el tipo de estudios. En cierta manera, la historia sobre la izquierda todavía se está escribiendo.

³ Por derecha ilustrada estamos entendiendo una posición política típicamente liberal (europea o norteamericana), de democracia representativa, defensora de valores políticos genéricos moderados, privatista; crítica del régimen priista pero no de las estructuras sociales y que no plantea cambios profundos en éstas. No es una derecha confesional ni totalitaria pero es sostenedora del *statu quo*. No está agrupada en torno a un partido (instituto) sino que es más bien un grupo de intelectuales, “líderes de opinión”, académicos de ciertas áreas, etc. En la época tratada, se expresaba a través de revistas culturales (por ejemplo *Vuelta*), su literatura y medios masivos electrónicos.

El primer antecedente importante de estos estudios es *¿Qué es la izquierda mexicana?* (2014, con prólogo de O. Rodríguez Araujo)⁴ de Sol Arguedas, publicado en edición particular en 1964 (Prólogo, p. 15) y publicado bajo un sello editorial apenas en 2014. Sin embargo, fue un libro que tuvo un cierto conocimiento entre algunos investigadores. El libro de Arguedas es un conjunto de entrevistas con una batería de preguntas a personajes representativos de la izquierda y a dos intelectuales de su momento. A saber: el Partido Popular Socialista (PPS), el Partido Comunista Mexicano (PCM), el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), la Liga Leninista Espartaco (LLE), el Consejo Nacional Ferrocarrilero, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), y los intelectuales José Luis Ceceña y Carlos Fuentes. Las respuestas, como veremos más adelante, son del mayor interés.

Hubo que esperar varios años para que apareciera el libro señero de García Cantú, *El socialismo en México. Siglo XIX* (1969). El libro de Arguedas pretendía respuestas para su presente. El de García Cantú era el primer estudio sistemático histórico. El PCM mismo publicó en 1972 un libro programático pero que incorpora elementos de análisis al menos del periodo 1967-1972. Rodríguez Araujo y Márquez Fuentes publican en 1973 *El Partido Comunista Mexicano (En el periodo de la Internacional Comunista: 1919-1943)* (libro escrito a partir de la tesis de licenciatura de Rodríguez Araujo sobre el mismo tema).⁵ De G. Peláez son las primeras cronologías del PCM; hubo ediciones por periodos pero en 1980 apareció, por la Universidad Autónoma de Sinaloa, una cronología de 1919 a 1968. La antropóloga Marcela de Neymet publica la *Cronología del Partido Comunista Mexicano. Primera parte, 1919-1939*, en 1981. Ella misma realizó otras investigaciones sobre el PCM.

⁴ Nos referimos a estudios globales de la izquierda, de amplio espectro, históricos, comparativos. Claro que antes ya se habían realizado análisis políticos, muy importantes también, pero mucho más coyunturales o vinculados a una problemática muy específica. En ambos tipos de estudio, la circulación y recepción iniciales fueron muy limitadas.

⁵ Es el título que aparece en la portada del libro de la edición de 1973. La cubierta del libro sólo dice *El Partido Comunista Mexicano*. Lo he encontrado referido también como *El Partido Comunista Mexicano en la época de la Internacional*, desconozco de dónde sale esta denominación similar pero que no coincide con la de la edición.

En general, excepto el libro de Arguedas, los primeros estudios sobre la izquierda eran descriptivamente historiográficos, cronológicos, a veces testimoniales y de escasa circulación. Parece que el interés por la historia del PCM se centraba en sus años de formación mientras que en los textos que hablaban de la propia época de publicación predominaba un interés político coyuntural. Es a principios de la década de los ochenta que, a la par de los trabajos mencionados, empiezan a aparecer estudios interpretativos. Son de particular importancia otro texto de Rodríguez Araujo (primera edición 1979 con sucesivas reediciones actualizadas), de Roger Bartra (1982), el de Cuevas Díaz (1984), el de Martínez Verdugo (1985) y el de Semo (1988).⁶

El de Rodríguez Araujo (1979) era –y sigue siendo– importante por varias razones: como él mismo lo ha declarado, conocía el libro de Arguedas y le sirvió de inspiración para ciertas encuestas que aparecieron en la revista *Nexos*. Ellas fueron la base para la redacción del libro en el que Rodríguez Araujo trata, fundamentalmente, la posición de las izquierdas mexicanas frente a la Reforma Política de 1977. Todavía durante la década de los ochenta, los artículos de Rodríguez en *Nexos* eran conocidos como “el mapa de la izquierda” (otros le llamaban “radiografía”) en México. Claro, cada grupo político tenía su propio mapa pero no había ninguno que con cierta imparcialidad presentara a las organizaciones de izquierda más fuertes colocadas frente a las coordenadas políticas prevalentes (en este caso, la Reforma de 1977).

Además de los anotados, otro libro merece una mención: el libro fundamental de Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, cuya primera edición en inglés es de 1982 pero la primera en español (aumentada) es de 1996.

Agreguemos que los ochenta (y el inicio de los noventa) fueron la “época dorada” de las revistas culturales y político-culturales en México. En particular, las de izquierda. De estas últimas, varias iniciadas en los setenta (sólo *Historia y Sociedad* en su primera época es de los sesenta), la mayoría (*Punto Crítico*, *Cuadernos Políticos ERA* –1974 a 1990–, re-

⁶ Para las referencias completas, véase la bibliografía al final del texto.

vistas filosóficas como *Dialéctica* –iniciada en 1976–, *Coyoacán* –1977 a 1985–, *El Machete* –revista del CC del PCM, 1980– y *El Buscón* –1982 a 1986–. Fueron revistas emblemáticas en esta década. Nos desviaría del propósito abundar sobre otras revistas vinculadas a organizaciones de izquierda de escasa circulación pero relevantes por quienes escribían ahí, por la posición de los autores, etc.⁷ O, también, la presencia de autores de izquierda en revistas como *Nexos* o la aparición de periódicos como *La Jornada*. Así mismo, la prensa impresa partidista tuvo su mayor auge en ese tiempo.⁸

No sólo el núcleo principal de editores, redactores y colaboradores era de izquierda sino que circulaban principalmente en medios académicos de izquierda cercanos al marxismo. En esta prensa, aparecían artículos de distinto tenor y extensión, cartas a la redacción, insertos, había material gráfico y un largo etcétera de elementos que eran parte también de las ideas de la izquierda en circulación más allá de los debates teóricos.

Es decir, en general, la literatura mencionada no sólo habla *sobre* la historia de la izquierda, *es* la izquierda hablando y escribiendo su historia. Y es importante señalar esto porque, haciendo una analogía antropológica, hay que comprenderlo en *emic*, en su propia lengua.

Llegados aquí, hagamos un primer balance. El relativamente reducido número de estudios sobre la izquierda en el momento descrito se

⁷ Sería el caso, por ejemplo, de la revista *Autogestión*, publicada desde fines de los setenta hasta inicios de los ochenta por el Partido Mexicano del Proletariado (proveniente del antes Partido Revolucionario del Proletariado y antes aún de la Asociación Revolucionaria Espartaco) como una expresión de la vertiente del espartaquismo mexicano. Dicha revista estaba impulsada por el notable escritor y traductor comunista (preso político durante varios años) Rousset Banda, una figura de la cultura literaria del país. Pero lo mismo podría decirse, *mutatis mutandi*, de *Coyoacán* (filotrotskista), de *Crítica de la Economía Política edición latinoamericana* (publicada por Ediciones El Caballito), entre otras de un universo cuyo listado y examen específico está todavía pendiente.

⁸ Al respecto véase: Illades, 2012 (en este caso son de destacar también algunas de las reseñas y comentarios en torno al libro, porque llegan a ser parte del debate: por ejemplo, la de Jorge Velázquez D., la de Roger Bartra, etc.). Concheiro, 2016, “Historia mínima de... *El Machete*” estudio introductorio por el investigador a esta edición facsimilar. Concheiro & Rodríguez. “Las revistas del comunismo”, en Illades (coord.). 2017, pp. 337-265. Y también, Ortega Reyna, 2017. Cabe decir que omitimos intencionalmente hablar de las revistas académicas en sentido estricto precisamente por la línea argumentativa que seguimos.

debe, pienso, a una mezcla de factores. Un primer factor, a ras de suelo, tiene que ver con las condiciones materiales de producción intelectual. Si bien el marxismo se expandió en asignaturas académicas universitarias durante los setenta y ochenta, sus focos de investigación eran otro tipo de realidades estructurales y no la historia en sí de los partidos. No había llegado aún la historia intelectual y, en comparación con la actualidad, había menos instrumentos teóricos para el análisis.

Había una gran dispersión de los materiales necesarios y dificultades de acceso a los mismos. Los archivos no estaban reunidos, la mayor parte eran archivos personales en manos de los protagonistas y que debían ser mantenidos en secreto por la información personal que contenían. Aunque parezca una obviedad, eran archivos físicos, no existía la digitalización. Pero tampoco nuevas tecnologías de la comunicación que facilitaran los intercambios entre investigadores.

Un segundo factor era el contexto político, tomado en varias facetas. Una, como vemos por los textos referidos, todos (excepto del primero de Arguedas y el Carr) fueron escritos por simpatizantes declarados de la izquierda, la mayoría militantes comunistas. Dos, estudiar la izquierda era casi sinónimo de ser de izquierda, en el imaginario y en la realidad, y eso colocaba al investigador o autor en una cierta posición respecto de los partidos, el Estado, la academia, etc. Recordemos que no eran décadas fáciles; no obstante el discurso oficial, lo cierto es que había distintos grados y modos de represión y vigilancia sobre la izquierda socialista y la izquierda revolucionaria.

Y, uniéndose con el primer factor, se destaca que una buena parte de los autores son profesionales de las ciencias sociales, ya entonces académicos de alto nivel, con posgrados en el extranjero. Pero no todos. Ni Martínez Verdugo ni los colaboradores en su libro citado lo eran. Eran viejos militantes, dirigentes históricos del PCM, y escriben desde ese lugar. Tenían archivos personales, acceso a los del partido y, además, habían sido partícipes de eso que narraban e interpretaban.

Es con el nuevo siglo que habrá una mayor profusión de investigaciones y publicaciones sobre la izquierda. En aras del espacio, presentaré una síntesis de lo que considero las principales líneas y sólo algunos ejemplos.

Por una parte, trabajos como los de Martínez Nateras que son, literalmente, ciencia básica: una cronología exhaustiva de organizaciones y movimientos, un diccionario biográfico. Materiales que parecen obra negra, con los defectos propios de este tipo de material, pero son los cimientos necesarios de otras investigaciones. En cierta manera, han aparecido “tardíamente”, son estudios que parecen más cercanos al periodo anterior (y que ameritan un proceso de refinamiento). Estudios históricos sobre partidos, más profundos que los anteriores o de partidos que no habían sido tratados.⁹ Sin duda, ocupan bastantes páginas los del –para entonces– nuevo partido: el PRD.

Por otra parte, ha habido una mayor proliferación de investigaciones típicamente politológicas basadas en datos empíricos: muchas sobre el comportamiento y los resultados electorales del PRD y MORENA; de la dinámica interna de estos partidos; y sobre la desaparición de los partidos de la izquierda oficialista. Aquí es importante resaltar que se pueden empezar a distinguir ciertos niveles de investigación: por ejemplo, varias de ellas son tesis de grado o posgrado sobre el trotskismo (como corriente y también sus agrupaciones), el espartaquismo mexicano, el maoísmo (igual, como corriente pero también la influencia en los sesenta, organizaciones, etc.), y de modo especial las organizaciones políticas vinculadas a las guerrillas, las guerrillas mismas y la guerra sucia. Incluso, muy recientemente, sobre el anarquismo de fines del siglo XX en México (Illades, 2023).

Es de mencionar la aparición de la historia intelectual como aparato de investigación y su efecto catalizador. Se encuentran, creo, en dos grandes tipos: uno, libros que a través de entrevistas se vuelven de algún modo testimoniales. El principal, *El intelectual mexicano* (Concheiro & Ana Sofía Rodríguez, 2017). Pero en este conjunto coloco también los intentos de sinopsis que se hacen desde una óptica más periodística, tipo crónica histórica, como *Izquierda 1923-2023. La terza travesía*.

⁹ Por ejemplo, los estudios sobre POCM. Habiendo habido un libro dedicado a estudiar la historia de ese partido (de Jorge Alonso, *En busca de la convergencia. El Partido Obrero Campesino Mexicano*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1990), su papel en la constelación de la izquierda mexicana durante un periodo clave parece haber pasado inadvertido, incluso para algunos de sus protagonistas. Véase: Ortega Reyna, en Reynoso & Uriel Velázquez, 2023, pp. 463-500.

El otro conjunto tiene que ver con el estudio de las revistas de la izquierda. Contando con el libro *La inteligencia rebelde* de C. Illades (2012) y la edición facsimilar de *El Machete* a la cura de L. Concheiro (ya referidos en la nota 2).¹⁰

Resultan claros los contrastes con el primer balance. Han cambiado las condiciones materiales de producción intelectual: se pueden consultar archivos, hay fuentes en línea, se recurre a nuevos modelos teórico-metodológicos, hay objetos de estudio diversificados y más específicos. A la par de las reflexiones desde el ámbito político ideológico, hay ya análisis académicos (cuestión que tiene relación con la academización del marxismo, su auge en las universidades, no sólo en las asignaturas de ciencias sociales sino en la vida pública de esas instituciones y, simultáneamente, con que pudiera haber una especie de “marxismo profesional”). Pero, si bien no se ha perdido la voz de la izquierda narrando su propia historia mientras la hace, su peso específico ha disminuido.¹¹

Si nos hemos detenido en este panorama de los estudios de la izquierda no es sólo para presentar un estado de la cuestión (por lo demás, muy sucinto y sólo para poner en contexto), sino porque resulta necesario para ver cómo se ha pensado la izquierda a sí misma. Pensar la izquierda en México es una cuestión que parece haber emergido a fines de la década de los cincuenta y principios de la de los sesenta (1958 para poner un hito) cuando una conjunción de hechos detona esta conciencia de la izquierda e inicialmente se hace desde la izquierda, pero no encontraremos una reflexión mayor histórica y teórica sino hasta los ochenta.

Este proceso de autoconciencia de la izquierda la va reconfigurando, sin embargo, contiene dos puntos problemáticos: la periodización de este proceso y su ubicación en una geometría política en fluidez. Sostenemos que la democracia fue una reivindicación política de la izquierda amplia que se mantuvo —de manera zigzagueante— atravesando los periodos y fue sirviendo como fuerza centrípeta de vastos sectores de la izquierda mexicana.

¹⁰ Véase la nota 8 de este artículo.

¹¹ Complementariamente, véase el balance que hace Ortega Reyna en Reynoso & Uriel Velázquez, 2023, pp. 470-473.

Puntualizaré brevemente una periodización para concluir este apartado tomando como eje de la izquierda al PCM. Tomo al PCM como eje por dos razones:

- 1) Era la fuerza político partidista principal de la izquierda socialista. Pero hay que entender cómo se medía una fuerza política. Era complicado. Para un partido sin registro, no-legal, no servían como indicadores ni el número de militantes (se podía tomar en cuenta aunque se sabía que no era un dato verificable) ni el número de votos ni el número de escaños y cargos públicos. Siendo así, eran otras variables las que se tomaban en cuenta: capacidad de acción política eficaz, capacidad de interlocución, presencia pública, presencia en medios, participación en organizaciones, capacidad de convocatoria y movilización, legitimidad discursiva, entre otros.
- 2) Porque era el eje *efectivo* en torno al cual giraba gran parte de las otras fuerzas y del debate político de la izquierda. Es decir, fuera a favor o fuera en contra, el programa del PCM, sus propuestas, sus reacciones a las coyunturas, etc., eran el punto de referencia del resto de la izquierda socialista.

Hay varias propuestas de periodización tanto de la izquierda en su conjunto como del PCM (con distintos alcances temporales, obviamente; mientras las periodizaciones de la izquierda se prolongan hasta el día de hoy, las del PCM varían en función de si se hace retroyectivamente desde el PMS antes-PSUM antes-PCM o progresivamente desde el PCM hasta 1981, año en que desaparece). No obstante, todos los analistas coinciden en que las elecciones federales de 1988 fueron una coyuntura determinante para toda la izquierda. Para fines de la argumentación, propongo que hubo tres momentos clave, tres puntos de inflexión de la conciencia de la izquierda antes de las elecciones de 1988:

- 1) 1958-1962. Periodo marcado por las señales de crisis del modelo desarrollista. Pero también y quizá de mayor impacto político, por el “alemanismo” y sus secuelas, la actuación política del Estado

desde el gobierno de Miguel Alemán V. Una creciente represión contra distintos movimientos sociales: asesinato de Rubén Jaramillo, ataques a otros agraristas, detención de los líderes ferrocarrileros, médicos, maestros, etc. Esto lleva a que algunas fuerzas políticas se replanteen su concepción de la Revolución Mexicana y el Estado derivado de ella entonces vigente. El discurso anterior era el de una Revolución en la que estaba identificado todo el país y a la que había que apoyar y empujar. A partir de esta etapa hay una ruptura: este Estado no representa los ideales de la Revolución y ya topó, se detuvo; las fuerzas progresistas reivindican para sí esos ideales. En la izquierda, es el momento en que se empiezan a producir cambios importantes en el PCM y se forma el MLN.

- 2) 1968. Entre el periodo anterior y 1968 se agravan algunas de las condiciones del país: el fracaso del “milagro verde” en el campo mexicano, la emigración del campo hacia la ciudad y los problemas urbanos, el incumplimiento de la promesa de ascenso social, entre otros. Estallan algunos movimientos estudiantiles en el interior del país (Nuevo León, Michoacán) que son, una vez más, reprimidos. El gran movimiento de 1968 toma relativamente desprevenidas a las fuerzas de izquierda aunque muchos militantes se les unen a título personal. La actuación del Estado mediante el Ejército perpetrando la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco es definitiva para las demarcaciones de las organizaciones políticas de la izquierda: de manera muy básica y descriptiva se dividirá en tres conjuntos (que, además, están intersecados, no son mutuamente excluyentes): (1) una especie de centro-izquierda (se autodenomina socialista, marxista-leninista incluso, sostiene que la Revolución Mexicana conduce al socialismo; de discurso nacionalista, antiimperialista, democratizador pero en la práctica oficialista; es el PPS, del cual se volverá a hablar). (2) Otro conjunto, bastante diverso, denominado izquierda socialista porque en su programa máximo el objetivo a alcanzar era la sociedad socialista pero era un conjunto que reconocía la necesidad de objetivos intermedios. Y (3) la parte de las fuerzas de izquierda –denominada

a veces izquierda revolucionaria o armada— que adoptarán una u otra forma de vía armada para la toma del poder (aunque ya había antecedentes), se abre un abanico de grupos guerrilleros urbanos y rurales con diferentes estrategias basadas en distintos teoremas revolucionarios; pero también aparecen grupos autogestivos armados no para la toma del poder sino para la defensa (como el movimiento Frente Popular Tierra y Libertad).¹² Es el comienzo de la guerra sucia, la guerra ilegal y secreta librada por el Estado contra las organizaciones que pedían un cambio real en México.

- 3) 1979-1982. El gobierno de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) mantiene la estabilidad a la fuerza: cada vez más enfrentado a distintos grupos y sectores. Se caracteriza por la doble práctica de una demagogia populista y una represión diversificada (a veces masiva, a veces selectiva, infiltración de los grupos de izquierda, creación y financiamiento de grupos declarativamente de izquierda pero afectos al régimen). Una crisis económica en ascenso (inflación, devaluación del peso en 100%). Y si bien el Estado había pasado por otras crisis, por primera vez es evidente su crisis de legitimidad y gobernabilidad. Ante la situación, una fracción del PRI impulsa una propuesta más decidida: la Reforma Política de 1977 que reacomodará las fuerzas políticas del país. Las agrupaciones de izquierda se multiplican, aparecen nuevos partidos, nuevas corrientes se hacen visibles (en especial la reagrupación de los trotskismos). El PCM pasó por varias definiciones durante esa década, algunas de ellas vertiginosas: respecto de los movimientos estudiantiles y universitarios, desaparecen las Juventudes Comunistas, se resectoriza, participa sin registro en las elecciones federales de 1976 con candidato propio. La decisión de entrar en la Reforma Política y solicitar la legalización (el registro) concentró los cambios y catalizó el proceso de unificación de algunas agrupaciones de la izquierda.

¹² En el libro *El Partido Comunista Mexicano* de M. Márquez & O. Rodríguez aparece un listado bastante completo de las organizaciones de izquierda mexicanas —no sólo partidistas— en torno a los años 1965-1966. (Márquez & Rodríguez, 1973, pp. 7-8).

Cada uno de estos momentos representa un giro (o el inicio de un giro) sobre el lugar de la izquierda en la política nacional. En parte dirigidos por las mismas fuerzas y en parte reactivos a la situación. No fue una reconceptualización radical y de golpe; visto en conjunto, parece más bien un movimiento acumulativo.

3. Hacia una geometría política diversa y cambiante

Ahora bien, antes de responder a qué es la izquierda mexicana habría que preguntarse qué ha sido. La izquierda mexicana siempre ha sido heterogénea. Pero durante las décadas de los treinta hasta los cincuenta del siglo pasado, las fuerzas de izquierda eran prácticamente indiscernibles entre sí en el ámbito político mexicano. Tres son las principales causas: (1) la imposición de la Komintern (III Internacional) para seguir una política de unidad nacional. (2) La represión gubernamental a partir de aproximadamente 1940 (con picos y valles) sobre las posturas políticas más radicales, incluyendo en ellas al PCM. (3) Un discurso gubernamental oficial que ocupaba el Centro.

- (1) La primera causa mencionada tiene que ver con uno de los ángulos más singulares de la geometría política mexicana: el Partido Popular (PP, 1947), fundado por Vicente Lombardo Toledano (uno de los llamados “Siete Sabios mexicanos”), convertido después en Partido Popular Socialista (PPS, 1960, ya con una ideología oficial marxista-leninista). El PP se funda como un partido precisamente “popular”, laborista, de frente amplio, de unidad nacional, de hecho, siguiendo las directrices de la III Internacional como un partido antifascista. Hubo un apoyo inicial al cardenismo, Lombardo Toledano es fundador de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y su primer secretario general, el PP se nutrió al inicio en gran parte de esta confederación. Su posición internacional siempre fue prosoviética, antimperialista, de libre autodeterminación de los pueblos.

Pero antes incluso de la fundación del PP, Lombardo Toledano denunció al PCM ante la III Internacional porque no seguía la estrategia de frente amplio. Una resolución del CC del PCM del 7 de abril de 1938, aceptada por la III Internacional, cedía ante el Partido de la Revolución Mexicana (PRM, sucesor del Partido Nacional Revolucionario y antecesor directo del PRI):

“El Partido Comunista Mexicano –se afirmaba en ella– dará su más enérgico apoyo al Partido de la Revolución Mexicana y *todos los comunistas pertenecerán a ese Partido*.... El Partido Comunista acepta y respalda la Declaración de Principios y el Programa de Acción del PRM y los comunistas acatarán su disciplina y Estatutos. El Partido Comunista no lanzará candidatos independientes y apoyará a los candidatos del Partido de la Revolución Mexicana”. Firmaban el documento, Hernán Laborde, Valentín Campa, Rafael Carrillo, Miguel A. Velazco (sic), Blas Manrique y Tomás Cueva, entre otros.¹³

El PCM, el partido comunista más antiguo de América, de presencia nada despreciable durante la década de los veinte, había quedado anulado con una declaración. En los hechos, es posible rastrear los varios intentos de militantes del PCM por saltarse la anterior preceptiva pero fueron vanos porque, además, entre 1940 y 1943 se dio el primer periodo de purgas (típicamente estalinistas) que expulsaron del PCM a militantes como Hernán Laborde (quien había sido secretario general) y José Revueltas, entre otros, acusados de “trotskistas” (o de otras posiciones desviacionistas). Desde entonces y hasta 1962, ocuparía la dirección Dionisio Encina.

La subordinación al partido oficial ya era grave pero se le aunó el tener que admitir la visión de la Revolución de 1910 y del Estado mexicano según el “nacionalismo revolucionario”. Y en ese momento histórico (los treinta) todavía lo era como proyecto de nación e incluso como Estado. Pero en términos teóricos, ideológicos y estratégicos conllevaba problemas de fondo; dicho en síntesis, esto

¹³ <https://franciscoestrada.blogspot.com/2011/02/izquierda-la-mexicana-la-escuela-de.html>. (Subrayado mío). Dicha versión es reiterada en Semo, 1988, pp. 107-108.

significaba asumir una posición “etapista”,¹⁴ menchevique, frente al propio Estado y el abandono de toda iniciativa frente al mismo Estado –y tal vez el PP– y cualquier tentativa de toma del poder.

- (2) La segunda causa es lo suficientemente conocida y referida. Oficialmente, durante una década el PCM no estuvo prohibido pero se encontraba en un limbo de ilegalidad hasta que en 1951 se le retira el registro. Aquellos valientes intentos de no someterse al partido oficial fueron los años de la clandestinidad, de los presos políticos en las Islas Marías o en el “Palacio Negro” de Lecumberri. La represión fue en ascenso precisamente hasta las movilizaciones de fines de los años cincuenta (Barr, 1996, caps. V y VI; Martínez Verdugo, 1985, caps. IV y V).
- (3) Durante cinco décadas, desde los veinte hasta los setenta prácticamente, el discurso hegemónico oficial y oficialista, el discurso estatal priista, no hablaba de “izquierda”. Las izquierdas eran un fenómeno de otro país, no de éste. El discurso oficial se asumía como un centro: y lo era, era El Centro, así funcionaba políticamente. Era un centro omniabarcante, irradiante, que arbitraba las demarcaciones de la geometría política en una época en la que no tenía que hacer concesiones a otros grupos políticos. Durante casi tres décadas, del cuarenta hasta el 68 (y aun después), cuando se quería criticar a la izquierda se le calificaba de propalar “ideas extranjerizantes”.¹⁵

¹⁴ Desde el punto de vista teórico en la historia del marxismo, hay una diferencia importante entre “gradualismo” y “etapismo”. El primero supone la posibilidad de llegar al socialismo sin una revolución social sino evolutivamente, gradualmente, mediante reformas acumulativas. Es la posición típica de la socialdemocracia de Bernstein, por ejemplo, y los paradigmas insurreccionistas del marxismo (como R. Luxemburgo o el leninismo) le llamaron reformismo. El etapismo consiste, en cambio, en partir del axioma de que no se pueden “saltar etapas”, es indispensable pasar por una revolución democrático-burguesa y llevarla a su máximo antes de una proletaria. Es la posición típica de los mencheviques en la Rusia zarista. Desde el punto de vista propio del PP –y limitándonos a su discurso, no a su práctica–, su propuesta era etapista (y la teoría trotskista de la revolución permanente sería la negación de este etapismo).

¹⁵ Lo cual tiene apenas una pequeña parte de verdad en el sentido de que el ideario comunista incluía, además de personajes nacionales, referencias a sucesos y personajes internacionales. Lo cierto es que el epíteto se usaba como descalificativo, como sinónimo de “antinacionalista”. Así como el Estado nunca reconoció que los grupos guerrilleros fueran fuerzas beligerantes porque lo hubiera obligado a contraer compromisos como tales:

Este manejo discursivo nos puede resultar hoy en día muy claro, no tanto en aquellos tiempos. El discurso hegemónico se había “apropiado” del Centro, lo había construido, monopolizado, y, desde ahí (como desde el *presidium* de la Asamblea Nacional en Francia), se determinaba qué quedaba a la derecha y qué a la izquierda. Si se reconocía una ultraderecha era porque ese Centro había tenido en el pasado como principal opositor a un grupo de fuerzas que calificaba como tales; el proyecto de Nación y el Estado se habían forjado desde la Reforma pasando por la Revolución contra grupos reaccionarios, detentadores de la tradición, autoritarios, conservadores del *statu quo*. Lo cual significaba que, en consecuencia, la izquierda se definía desde el Centro.

Como ejemplo sintético, aunque un poco posterior pero todavía en la misma sintonía, el lema de la campaña presidencial de Luis Echeverría Álvarez en 1970 fue “¡Arriba y adelante!”. Hay que reconocer la intuitiva sagacidad retórica de quien lo haya inventado (¿considerando que no se habían publicado las *Metáforas de la vida cotidiana* u otros libros que pudieran presentar estas claves!). Con esta frase, no hay izquierda ni derecha, salen sobrando, sólo hay un camino, el del PRI que es, obvio, el de todo el país. No hay necesidad de compararse con nadie, no hay discurso de contraste. Lo excelso de la altitud se suma con el progreso, ambos metáforas del poder. Podría haber sido un lema olímpico (quizá las Olimpiadas del 68 fueron su inspiración). Ni siquiera hay un verbo en la frase, no es una consigna, sólo una declaración. Se coloca en lo que se llama una zona de innegabilidad discursiva: ¿quién puede estar en contra de ir hacia “arriba y adelante”? ¿Acaso alguien quiere ir hacia abajo, hacia atrás? Y quien no esté de acuerdo será, *ipso facto*, un “extranjerizante” o un “retardatario”.¹⁶

tratarlos según la Convención de Ginebra, negociar un armisticio, etc.; los grupos guerrilleros fueron llamados siempre “bandidos”, “abigeos”, si eran urbanos fueron tildados de “grupos subversivos del orden” hasta de “disolutos sociales”, o sea, delinquentes comunes.

¹⁶ Unos años después, alrededor de 1975, el gobierno de Luis Echeverría había entrado en agudas contradicciones no sólo con la izquierda sino con la oligarquía empresarial de Grupo Monterrey y hasta con la Iglesia católica y el PAN. El Gobierno ya había propalado desde la campaña el rumor de que la alternativa era “¿Echeverría o el fascismo!” con la pretensión de atraer a los sectores demócratas hacia el PRI y enfrentar al enemigo común. La situación de 1975 llevó al Gobierno a una confrontación de declaraciones con estos sectores en la que cometió un grave error: tratando de presentar a

Por eso, 1958 (como signo, no la fecha exacta) es tan relevante para la izquierda: el reconocimiento de las fuerzas de la izquierda de que el Estado mexicano ya no representaba los ideales de la Revolución y el cardenismo; la ruptura con las políticas del Estado. Un ajuste de cuentas histórico e ideológico.

En el abanico de la izquierda de aquel entonces, el PP se radicaliza, así fuera en el discurso, se convierte en PPS y adopta de manera formal el marxismo-leninismo como ideología del partido.¹⁷ El POCM, un caso sumamente interesante, parece haber nacido antes de tiempo. En germen desde 1948 por el acercamiento de dos agrupaciones políticas comunistas, “El nacimiento del POCM podría fecharse en julio de 1950, cuando el Congreso de Unidad Marxista optó por el nombre de Partido Obrero Campesino Mexicano...” (Ortega Reyna, 2023, p. 475). Formado en parte por algunos de los expulsados del PCM, se extinguirá en 1963.¹⁸ Pero desde 1957 habría procurado un acercamiento con el PCM.

La Liga Leninista Espartaco (LLE),¹⁹ otra agrupación de izquierda formada por exmiembros del PCM e incluso del POCM, fue fundada en 1960 y creada como núcleo de lo que, pensaban, debía ser un autén-

la opinión pública que había un solo enemigo, volvió a la retórica anterior y los tachó por igual de “fascistas”, a todos juntos: comunistas, demócratas, empresarios, sacerdotes... Huelga decir que el efecto fue el contrario al deseado; quizá se creyó que el Centro podía construir un enemigo común “enfrente” pero, en cambio, resultó rodeado.

¹⁷ Para la década de los sesenta el PPS era considerado por los otros partidos de izquierda como ideológicamente reformista (gradualista). Pero su práctica política distaba mucho incluso de su discurso; si bien condenó la represión del 2 de octubre de 1968, durante todo el movimiento estuvo del lado oficial gubernamental atacando al movimiento. Era considerado, a lo más, un partido de centro o, como se solía decir en el PCM, “la voz de la conciencia en el hombro izquierdo del PRI”. Se les llamaba “rabanitos”: rojos por fuera y blancos por dentro. En 1975 el presidente del PPS, Jorge Cruickshank, negoció una senaduría para sí mismo a cambio de la gubernatura de Nayarit –probablemente ganada por el PPS, con Alejandro Gascón Mercado–; el mismo Cruickshank lo declaró pública y cínicamente. La distancia entre su discurso y su práctica, las notables diferencias de calidad política entre sus dirigentes, motivaban las constantes deserciones y escisiones del PPS. Por eso se decía también: “El que con el Estado se acuesta, con el PPS se levanta”.

¹⁸ Para referencias, véase la nota 3.

¹⁹ Nombre que no deja de sonar un tanto paradójico si asociamos “Espartaco” con el grupo comunista consejista de R. Luxemburgo y K. Liebknecht. Pero no, esta Liga fundada por José Revueltas tomó ese nombre sin relación con el espartaquismo alemán.

tico partido obrero (el cual no existía, era “un proletariado sin cabeza”, según la tesis de José Revueltas, su fundador). Esta organización, la LLE, podría ser caracterizada como la más acendradamente leninista, purista, y, por ello, con un fuerte perímetro de intransigencia. Es notorio: una concepción del Estado (en general) muy reduccionista (cercana a la del Lenin de *El Estado y la revolución*), una concepción mecánica sin matices del Estado mexicano, la idea del partido como vanguardia del proletariado, una visión “explosiva” (según expresión de Carlos N. Coutinho) de la revolución, programa maximalista.

Para el PCM significó la oposición a las políticas del Estado (por el modelo de desarrollo, de clase social, etc.), por razones histórico-teóricas pero también estratégicas; significó una crítica al nacionalismo revolucionario pero discerniendo sus elementos, por ejemplo: las declaraciones de las prácticas, el contenido programático de los próceres de la Revolución del uso ideológico que ahora se le daba, etc. Pero esto quería decir algo más: el reconocimiento de que si bien el objetivo final era el socialismo (como programa máximo en léxico leninista) y ese era y debía ser el objetivo del partido, había un cauce más ancho, el de la izquierda, con la que se compartía un ideario general y objetivos del programa mínimo. Hay que agregar que para el PCM se vivió una coyuntura particular: el “deshielo” propio, la desestalinización, proceso crítico que llegaba retrasado a nuestro país y que tomó varios años consolidar (desde el XIII Congreso del PCM en 1960 hasta 1962, cuando Dionisio Encina sale de la dirigencia y la ocupa una dirigencia colectiva de tres personas, entre ellas Arnoldo Martínez Verdugo).²⁰

Se ha dicho que la izquierda en México siempre ha estado dividida. Es posible. Pero dicho así es una simplificación; la pluralidad de organizaciones de izquierda no significa que estuviera totalmente atomizada o disgregada. El problema de fondo era el sectarismo. A fines de los cincuenta y principios de los sesenta, la izquierda se diversifica, toda la izquierda partidista se radicaliza; en general cada agrupación partidista o para-partidista pretende el monopolio del “auténtico partido obrero” (o comunista) pero

²⁰ Martínez Verdugo, 1983, Cap. VII, “Acción y búsqueda programática”.

reconocen que la izquierda es más amplia, y que, para empezar, no sólo abarca partidos políticos sino sindicatos, agrupaciones campesinas, etc. La izquierda es un conjunto de fuerzas progresistas, nacionalistas, puede decirse patrióticas, que buscan la mayor autonomía del país respecto de los EE. UU. (antiimperialista, de independencia, de liberación), democráticas en muchos sentidos, causas populares (en primer lugar de los trabajadores, masas populares), solidaridad con las luchas de otros pueblos. Este es, en general, en su propio discurso el cuadro que la izquierda pintaba de la izquierda en mayo de 1962.

Veamos, muy someramente y a efecto ilustrativo, algunas de las respuestas recabadas en esa fecha por Sol Arguedas en el libro ya citado.

El PPS se considera, un tanto contradictoriamente, monopolizador de la izquierda. Identifica la izquierda con su partido y su partido con ciertos objetivos que deben alcanzarse a la luz del materialismo dialéctico (Arguedas, 2014, p. 23). Encabeza la izquierda –según él– pero no se califica de vanguardia. Las otras fuerzas son sólo “progresivas”.

El PCM y Carlos Fuentes coinciden en decir que la izquierda es “una actitud” (Arguedas, 2014, pp. 24 y 27); en el primer caso una “actitud política concreta” y en el segundo “una actitud, una convicción, una definición”. El PCM incluye entre las fuerzas de izquierda al mismo PCM, al PPS, “intelectuales revolucionarios sin partido que actúan en una línea de definida posición antimperialista y democrática, *los elementos más identificados con el General Cárdenas...*” (Arguedas, 2014, pp. 24-25, subrayado mío).

Para el POCHM la izquierda no es un conjunto “delimitado por una estricta posición filosófica” (Arguedas, 2014, p. 25). El primer punto de los objetivos revolucionarios de la izquierda es un “gobierno democrático de liberación nacional” (Arguedas, 2014, p. 25).

La respuesta más contundente proviene del líder ferrocarrilero Trinidad Estrada: “La izquierda en México no existe más que en potencia” (Arguedas, 2014, p. 26).

Para el PCM, el POCHM, la LLE, Carlos Fuentes y el MLN, la izquierda tiene que tener un programa. No basta con una posición frente al Estado, requiere un programa general de futuro.

Pero hay más: esa izquierda estaba tendiendo a buscar alguna clase de unidad. Aquí las divergencias son mayores. No se planteaba una unidad orgánica de partido, excepto quizá entre el POCM y el PCM. El PCM estaba colocado en una posición intransigente respecto de cuál era el partido obrero: él, ningún otro. Así que cualquier unidad se admitía como subordinación de las otras fuerzas a la suya propia. Sin embargo, había conversaciones políticas respecto a alianzas en el trabajo con los sindicatos, la posibilidad de alguna clase de unidad electoral, frentes populares amplios. Se distinguía, pues, entre el partido obrero (o comunista), que no podía ser otro, y la izquierda amplia, en la cual podía participar.

El MLN personificó, por así decirlo, esa suma de la izquierda amplia. Sí, contenía el repertorio retórico-ideológico del nacionalismo pero “re-encauzado por el camino revolucionario” (y esta expresión es del PCM). Era un ideario general de amplia cobertura: soberanista, antimperialista, republicano, democrático, popular, en buena medida constitucionalista, de derechos sociales, con atención prioritaria en los sectores mayoritarios, con una posición internacional acorde a la Doctrina Estrada. Comparto algunas citas como muestra de este ideario pero también como reflejo de lo que aglutinaba a las izquierdas en un frente amplio.

“... el MLN es un movimiento nacionalista y antimperialista, y por eso mismo un movimiento democrático” (Arguedas, 2014, p. 71).

Entre otros de sus planteamientos “... porque se lleve adelante la reforma agraria, se respeten los derechos de los trabajadores y se garantice la plena vigencia de la Constitución” (Arguedas, 2014, p. 72).

“La lucha por la emancipación nacional no es una responsabilidad de tal o cual grupo, organización o partido... Es una tarea que corresponde acometer a millones de mexicanos”. Enumera el listado usual de los sectores sociales: campesinos, obreros, jóvenes, y remata “... todos los hombres y mujeres del pueblo o que estén con el pueblo, de cualquier religión, ideología, extracción o posición social, que aspiran a que México sea un país grande, soberano, independiente y próspero...” (p. 75).

El MLN tuvo una existencia efímera. Fundado en 1961 a raíz de una iniciativa del Gral. Lázaro Cárdenas en 1959 y de la Conferencia Latinoamericana para la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica

y la Paz (CLSNEEP) en 1961 (Arguedas, 2014, p. 19 en el Prólogo de Rodríguez Araujo), fue un movimiento político que aglutinaba no sólo las simpatías de partidos de izquierda –como ha quedado dicho– sino también de importantes organizaciones campesinas (del MLN surgió la Central Campesina Independiente, CCI) y de otros trabajadores. El declive del MLN comenzó con algunas defecciones a partir de 1962 (la del PPS principalmente); después se acrecentó con la coyuntura electoral de 1964 (el PCM propuso un Frente Electoral del Pueblo). Crítico del régimen, promotor de causas populares, no parecía sin embargo dispuesto a una ruptura definitiva; el ala izquierda del PRI era muy vacilante. Pero se mantenía incluso en 1968 cuando algunos de sus líderes fueron encarcelados (por el MLN pasaron desde personajes como Genaro Vázquez, el líder guerrillero; Arnoldo Martínez Verdugo; Heberto Castillo, quien fuera secretario de Lázaro Cárdenas del Río –y maestro de Cuauhtémoc Cárdenas S.– y dirigente nacional del MLN; y, según Wikipedia, hasta... ¡Carlos Salinas de Gortari!). Es imposible soslayar que todo este ámbito, el MLN en especial, fue el crisol del que fueron apareciendo las formas políticas de los años ochenta.

Había una especie de sístole, los partidos de izquierda socialista que se “contraen” al radicalizarse ideológicamente; pero también una diástole, del MLN, en el que las izquierdas se encuentran y se expanden.

Esto puede ser interpretado también en clave ideológico-discursiva: al tiempo que había una pugna por ver quién era el poseedor del “auténtico marxismo-leninismo” (su programa, su partido, etc.) se incoó una disputa de mayor alcance y en otro escenario: qué era y quién representaba al nacionalismo revolucionario. A partir del MLN, desde una óptica en la que el Estado mexicano se había desviado y había traicionado los principios de la Revolución, el nacionalismo revolucionario se identificó con el cardenismo. La izquierda reclamó que el nacionalismo revolucionario no era propiedad del PRI o del Estado: si el PRI-Gobierno se lo había apropiado, ahora había que expropiárselo. El Centro estaba en disputa. Y esto repercutía sobre el lugar y la dinámica de la izquierda.

Para el periodo referido, la democracia era ya una demanda central de toda la izquierda, excepto quizá de la LLE, la cual sostenía la posición

de que esa reivindicación democrática era, a fin de cuentas, democrático-burguesa. Y la noción de democracia formaba parte del ensamble ideológico del nacionalismo revolucionario y, como veremos, fue asociada al horizonte del socialismo.

Pero la izquierda socialista, en particular el PCM, fue profundizando aún más sobre este postulado. Es cierto que no sin oscilaciones, con conflictos internos y externos. Quiero precisar que no estoy afirmando que el camino haya sido una línea recta; no, el movimiento real fue una singladura pero en la cual nosotros podemos trazar la línea que unía los puntos.

Después del 68, viene una etapa zigzagueante de la izquierda debido a la represión gubernamental, la redefinición con los movimientos estudiantiles y universitarios y el ascenso de la guerrilla, los dirigentes encarcelados. Se ha identificado una “radicalización” del PCM entre 1972 y 1974. No obstante, la lucha por la democratización como punto central de la política del PCM ya está instalada en el discurso. Se encuentra ya en los documentos programáticos. Ciertamente con algunos compromisos retóricos (o, como se decía, con “malabarismos dialécticos”), a inicios de los setenta se presenta como un discurso contra la antidemocracia y contra la farsa de la “apertura democrática” del régimen; poco después la democracia aparece ya en positivo. Y otro aspecto relevante es que no es un discurso sólo al interior del PCM sino principalmente al exterior, a la ciudadanía en general.

No citaré pormenorizadamente los documentos para no ser prolijo, prefiero mencionar muestras gráficas.²¹ Tengo frente a mí un conjunto de documentos fotográficos. Primero, la pancarta de una marcha del PCM (célula Hernán Laborde) de 1975, todavía no legal; se lee: “Por la democracia y el socialismo. Luchemos por la libertad política. PCM” (INEHREM, 2020, p. 179). Después, una foto de una octavilla de 1977 llamando a afiliarse al PCM: “Afíliate al Partido Comunista Mexicano, el partido de la democracia y el socialismo” (INEHREM, 2020, p. 192).

²¹ Sólo como ejemplos, en *Partido Comunista Mexicano*, 1973 (recopilación de documentos programáticos) lo encontramos en las pp. 21, 28, 43, 96-109, y de modo significativo en una carta de G. Unzueta, dirigente comunista encarcelado, en la p. 425. En Martínez Verdugo, 1977, de modo particular en las pp. 54-58 y 137-141 (es importante porque todos los documentos giran en torno a la Reforma Política de 1977, cuando el PCM estaba solicitando su registro). También en Peláez, 1980.

Luego, un afiche en el que se presentan un mosaico de nueve cuadros en filas de tres por tres. De arriba hacia abajo y de izquierda a derecha, vemos a Miguel Hidalgo, la Corregidora, Morelos, Juárez, Carmen Serdán, Ricardo Flores Magón, Zapata y Villa. Hasta aquí van ocho. Hasta abajo, se puede leer la consigna “¡Para continuar su lucha!”. ¿Cuál es el noveno recuadro? El logotipo del Partido Comunista Mexicano y un “¡Vota por el Partido Comunista Mexicano!”. El afiche apareció como parte de la campaña electoral de 1979.²² Clara muestra de cómo se conectaba el glorioso pasado de luchas de todos los mexicanos con el comunismo mexicano. Otro ejemplo: en la campaña del PSUM de 1982: “la marcha por la democracia no se detiene... ¡A luchar unidos!”.²³

La Hoover Institution tiene una colección de algunos carteles del PCM: puede verse en ellos la misma idea: asocian democracia y socialismo.²⁴

4. Los lugares de la izquierda

Distintos autores nombran de diversa forma las izquierdas mexicanas. Como dice Bourdieu, nominar es clasificar (Bourdieu, 1990, pp. 294 y ss.). La pluralidad de grupos en la izquierda mexicana ha dado lugar a distintas clasificaciones: nacionalista, reformista, revolucionaria, socialista, etc. Lo que quiero resaltar aquí es que hay una marcada diferencia entre una clasificación (tipología, caracterización) externa, “objetiva”, y las que se han hecho desde el interior de la izquierda. Agréguese a esto que la izquierda no sólo se autclasificaba en conjunto sino dentro de ella misma; por ejemplo, para el PCM el PPS era reformista (mientras el mismo PCM era para él de izquierda socialista) pero para las otras corrientes que se autdefinían como revolucionarias, el PCM era reformista. La diferencia radica en las consecuencias que tiene sobre la acción política.

²² Se puede ver en: <https://cultura.buap.mx/arnoldo-martinez-verdugo/?q=arnoldo-martinez-verdugo-testimonios>

²³ Se puede ver en: <https://www.instagram.com/agnmex/p/C2C97a9OgYB/>. Esta pertenece a la colección del Archivo General de la Nación.

²⁴ Pueden consultarse en <https://digitalcollections.hoover.org/> siguiendo la búsqueda a través de los filtros. Otra fuente similar, ésta impresa, es *La gráfica política en México*, consignada en la bibliografía.

Por caso, discrepo completamente de Zamitiz Gamboa cuando dice: “...es más fácil seguir el hilo histórico de las izquierdas en México –las cuales por lo general han sido reformistas– por cuanto se percibe una cierta continuidad en la evolución de sus posiciones...” (Vidal, 2019, p. 54). Después habla de “las ultraizquierdas o izquierdas radicales”, lo junta con las “tendencias contestatarias” y afirma en el párrafo siguiente refiriendo a Aguilar Camín: “En la izquierda mexicana sobreviven al menos cuatro linajes o tradiciones del mundo socialista anterior a la caída del muro de Berlín: *a*) la izquierda revolucionaria, *b*) la izquierda comunista, *c*) la izquierda estatista y nacionalista, y *d*) la izquierda utópica clásica, a la que es preciso añadir *e*) una izquierda indigenista” (Vidal, 2019, p. 55).

Y a continuación, siguiendo aún a Aguilar Camín, se lamenta de que la “tradición que no asoma con claridad” sea la socialdemocracia “la única ‘que podría poner a la izquierda mexicana a tiempo con su presente y en sintonía posible con el futuro’” (Vidal, 2019, p. 55). Todo el discurso dice más de su autor (Zamitiz Gamboa) que de la izquierda.²⁵

Toda denominación es una clasificación. Y toda clasificación coloca, posiciona, ubica, tanto a quien enuncia como de quien se predica.²⁶ Para la comprensión de la izquierda conviene recoger la multifactorialidad de un enfoque poliédrico, por ello, propondré un esquema un poco más complejo cuya ventaja es la de ser más dinámico, responder mejor a la fluidez de la posición política, y de mayor potencia heurística. Pero antes describiré algunos puntos clásicos.

Las definiciones sobre la izquierda suelen partir de su ya muy conocido origen: en la Asamblea Nacional francesa, formada en junio de 1789

²⁵ Dicho sea de paso, no cabe duda de que la cuestión de la existencia o no de una posición socialdemócrata en México o su modalidad encierra un conjunto de factores políticos clave. Pero el autor citado no está intentando explicar la presencia o ausencia histórica de algo denominado socialdemocracia: está tomando posición y, además, por aquello que él identifica como socialdemocracia.

²⁶ Páginas atrás mencionábamos tres grandes conjuntos de la izquierda mexicana en los setenta y aclarábamos que no eran conjuntos mutuamente excluyentes. En efecto, clasificar también implica rangos de generalidad. La expresión izquierda amplia o izquierda mayoritaria era utilizada en el PCM para referir a aquellas organizaciones y programas con las que se coincidía en diversos puntos (máximos o mínimos); izquierda amplia empezó a significar un *locus communis*, ese lugar de encuentro en el que “sí estábamos de acuerdo”.

a partir de la transformación de los Estados Generales convocados por Luis XVI en mayo de ese año. En las sesiones de la Asamblea, las afinidades se sientan por bloques: a la izquierda desde el pódium, los jacobinos; a la derecha, los partidarios del Rey (Pipitone, 2007, pp. 12-13). Esta definición sigue estando en uso de una manera bastante pragmática (en el periodismo, en el habla cotidiana). Yo le he llamado la definición geométrica (una metáfora espacial, Bobbio cita un libro cuyo título lleva la palabra *Topographie*; Bobbio, 2001, p. 101). Aunque, de hecho, no es tan superficial pues supone que los actores de la Asamblea recogían un conjunto de ideas políticas ilustradas; es decir, fueran como fueran las votaciones, los jacobinos habían leído, mal que bien, todo o en partes, a Sieyès (su Tercer Estado, su crítica al privilegio), a Rousseau (su idea de la igualdad), tenían algún referente así fuera vago de la Revolución Norteamericana, etc. Quiere decir que, si bien no es posible afirmar que aquella izquierda emanara de ese conjunto un tanto heteróclito de ideas, sí es posible afirmar que ese conjunto de ideas constituía parte del bagaje de esa izquierda y no, en cambio, de otros grupos.

Pero desde fines del siglo XIX, en el seno de la socialdemocracia (en este caso entiéndase la II Internacional) y como efecto de recoger demandas y propuestas del movimiento obrero y de otros sectores, comienza a perfilarse una definición sustancial de izquierda. Algo que la pudiera caracterizar más allá de vaivenes momentáneos. Así, se va formando una silueta de la izquierda como la fuerza que encarna un paquete de valores políticos.²⁷ En ese lapso histórico, izquierda está identificada con socialdemocracia, aunque esta misma comenzaba a perder sus contornos.

²⁷ Paquete que contiene variaciones según el lugar y la época. Prácticamente todo el libro referido de Bobbio está dedicado a discutir las dificultades para precisar criterios pertinentes sobre estos valores, por ejemplo, entre extremistas y moderados. Pero insistente en la conveniencia de no absolutizar: al confrontar valores de derecha, Bobbio (pp. 111-116) señala que la “tradición” parece ser identificada con esa vertiente como uno de sus valores (no digo que Bobbio lo defienda, de hecho, lo cuestiona pero sus razones son distintas a las que siguen); si lo contextualizamos, en la situación presente en México, la “tradición” es más bien un valor de izquierda, más aún si se dice “rescatar las tradiciones” porque estos valores forman sistemas (precarios si se quiere), forman universos semánticos que se ramifican y que se conectan o contraponen a otros. Si “tradición” se vincula a “hacer las cosas como en el pasado”, puede sonar conservador, pero si se vincula a “nuestras raíces” en el contexto mexicano es de izquierda.

Esta definición sustancialista de la izquierda tiene como principios muy generales la igualdad, la justicia social (generalmente por vías redistributivas), las formas de gobierno republicanas (si bien hay que decir que hay una socialdemocracia liberal), la democracia política (y extensivamente social), entre otras. Tenemos hasta aquí dos criterios de definición de la izquierda: el geométrico pragmático y la sustancialista.

Ahora, pensemos que no hay una sola línea recta entre la definición pragmática y la sustancialista sino un rombo. Imaginemos una línea recta horizontal entre la definición pragmática y la sustancialista. Luego, un punto intermedio en esa línea: el programa (no en sentido estricto sino el conjunto de documentos políticos de objetivos, estrategias, análisis de la situación, informes, declaraciones y posicionamientos de órganos centrales, etc.). Después, un vértice por arriba de la recta que serían las ideas y las prácticas (creencias, mentalidades, un sentido común de la izquierda, una actitud, como decía Carlos Fuentes). Y, por último, un punto por debajo de la recta que serían las organizaciones partidistas o para-partidistas y sus prácticas.

Se le podría llamar “izquierda” a cualquiera de los cinco puntos del esquema propuestos (geométrica, sustancialista, programática, cultural y partidista) aunque sea por motivos distintos y siempre y cuando se aclare que es una noción restringida. También es posible que no todos los cinco puntos estén reunidos al mismo tiempo. Puede haber distintas combinaciones. Y hay que ver si alguno de los vértices atrae a otros. Además, las aristas que unen los vértices son plásticas, móviles, pueden estar en tensión o laxas. Un vértice del rombo puede contraerse y el opuesto expandirse. Esto lleva a que la noción que se tenga de izquierda sea compuesta (en el sentido de los varios puntos que conforman su campo), sistémicamente compleja (porque esos puntos son elementos interrelacionados funcionalmente entre sí), correlativa a otros lugares de la geometría política (porque hay una codependencia de los puntos, un punto en el mapa puede pasar a la izquierda sin moverse él mismo sino por un desplazamiento del centro), es dinámica y proteiforme.²⁸

²⁸ Digo la noción de la izquierda porque de ella he venido hablando. Obviamente el esquema podría ser aplicado *mutatis mutandi* también a la derecha.

Por ejemplo, el vértice superior es lo que puede reconocerse como una cultura comunista (“Por eso, parece acertado pensar el comunismo, más que como una simple ideología o corriente filosófica, como una cultura”. Concheiro & Rodríguez, 2017, p. 237, siguiendo una idea de Enzo Traverso), pienso en el tipo de música que escuchábamos, las formas de vestir, los espacios y tiempos en los que concurríamos y cómo se organizaba la vida, etc. Toda esa actitud no podía provenir de la lectura de un programa ni de la adhesión intelectual a una teoría. Pero es probable que si parte de esa cultura se vivía en el Festival de Oposición podía ser más fácil entender o aceptar el programa del partido.²⁹

La noción de democracia para México en el PCM y luego en el PSUM había permeado y encontrado un lugar en el ideario de la izquierda, en el programa, en su cultura y, parcialmente, en la organización. Pero no era sólo que el PCM adoptara una noción de democracia sino que también la resignificó. Es cierto que el PCM se hacía cargo de que la democracia necesita adjetivos. En los diferentes documentos programáticos precisaba cuál era el significado y el alcance de esa democracia. Por ejemplo, en los documentos presentados para la Reforma Política de 1977, se incluían puntos como una ley de amnistía porque se entendía que las libertades no serían plenas si no eran en un marco democrático y a la inversa. Igualmente se hablaba de democracia sindical, derogación de artículos del Código Civil, etc. En las revistas de los ochenta se ponía el dedo en la llaga reclamando mayor democracia interna en el partido.

Carr sostiene la hipótesis de un PCM “eurocomunizado” (Carr, 1996, pp. 284-290). La hipótesis parece exagerada, admisible sólo si se matiza. Hay que decir que el mismo Carr lo hace cuando señala que “...el programa del PCM y del PSUM, en 1975-1985, coinciden con algunos rasgos de la amalgama llamada ‘eurocomunismo’” (p. 284). Menciona esos

²⁹ Luego Festival de la Unidad. El primero era un festival o especie de pequeña feria cultural organizado por el PCM entre 1977 y 1980. El segundo lo fue cuando ya el partido era PSUM entre 1981 y 1986. *Oposición* era el nombre del órgano de prensa del PCM. Era un espacio interesante, aunque su propósito declarado era recaudar fondos para el partido era más o menos lúdico, de convivencia, con puestos de los países socialistas amigos, música, algunos libros a buen precio, cigarrillos soviéticos, fistles de otros países, y ese ambiente propio de festival.

rasgos pero apunta que también divergía en otros tantos renglones (p. 286). Los matices: primero, las similitudes y paralelismos no eran por un contagio directo porque, como hemos dicho, ya existía en el PCM una tendencia en este sentido incluso desde antes de que se inventara la “amalgama eurocomunista”. Y el hecho de que fuera una amalgama (como en efecto lo era) facilita estas similitudes. En particular, creo que el eurocomunismo tenía una preocupación mucho más pragmática ante la situación de sus respectivos países (Italia, Francia y España) que la del PCM que ya era más programática. Segundo, sí, Enrico Berlinguer vino a México como invitado al XX Congreso Nacional del PCM en 1981 y ya hay estudios que dan cuenta de las relaciones existentes desde antes entre el PCM y el PCI pero parece más un fenómeno de convergencia que de influencia, posibilitado por los contactos entre los partidos eurocomunistas y el PCM más o menos desde mediados de los setenta. Tercero, pensamos que puede haber existido más bien una raíz común digamos teórica en ambos casos: la pesantez del paradigma leninista (y cómo superarlo) y el aire fresco gramsciano.

Mas, cuarto y último, quizá hay un brillo excesivo por las fuentes a las que recurre Carr. Carr observa, por ejemplo, la revista *El Machete*, sin duda de tonalidades próximas al eurocomunismo. Pero la revista estaba más en la esfera de la cultura comunista, no era un reflejo directo de la prensa partidista común ni del programa. Era una revista intelectual. E intelectuales fueron quienes explícitamente se entusiasmaron con el eurocomunismo (por ejemplo, Semo, 1988, pp. 29-33 y 81-85).³⁰

³⁰ Hay que decir que este entusiasmo no era compartido ni por toda la dirigencia del PCM ni por toda la militancia. El eurocomunismo estaba bastante desacreditado, en particular su dirigencia, no sólo por “reformistas” frente a otras posiciones sino por causas propias. La dirigencia del PCI era vista como pragmática, oportunista y tibia. Por su parte, la peor era la dirigencia del PCE (en especial Santiago Carrillo) de la cual fueron públicamente conocidos a mediados de los setenta sus crímenes cometidos contra camaradas. Parecen argumentos *ad hominem* pero estaban presentes en las discusiones del partido.

5. Tres interpretaciones sobre el proceso

Presentaré para finalizar tres interpretaciones del proceso histórico descrito. La primera, de un dirigente directamente involucrado y escrita todavía al calor de los hechos. La segunda, una visión contemporánea. Y la tercera, la mía propia en contraste con las dos anteriores.

El 8 de abril de 1988 se realizó un encuentro de exdirigentes del PCM. Fue el último encuentro oficial. La treintena de exdirigentes que se reunieron eran todos miembros del Partido Mexicano Socialista (PMS). Cuatro años después, en 1992, Eduardo Montes, uno de sus convocantes, publica un libro colectivo de la Corriente del Socialismo Revolucionario en el que se hace un balance de dicha reunión pero también de todo el proceso. En varios de los textos recopilados por Montes aparece una constante de crítica: por una parte, parece haber habido un error estratégico del PMS, al inicio de las campañas, en 1987, un sector hegemónico dentro del PMS se negó a hacer alianza con Cuauhtémoc Cárdenas y persistió en sostener la candidatura de Heberto Castillo. Esto era un manifiesto error de realismo político (muchos pedíamos la alianza –y hablo en la primera de la plural–). Ya muy avanzadas las campañas, ante presiones internas y la evidencia de la situación, Castillo declina en favor de Cárdenas. Pero, por otra parte, al corregir ese error dice Montes, “se fueron al otro extremo” (Montes, 1992, p. 27).

La alianza de 1988 debía ser sólo electoral; se reconocía la aparición “de nuevas fuerzas sociales y políticas de signo democrático y de izquierda capaces de poner en jaque al sistema” (Montes, 1992, p. 29), pero no tenía que llevar a la “liquidación” de la izquierda socialista. Montes trata de explicar parcialmente esta tendencia por el triunfalismo excesivo de los dirigentes que veían muy cercana alguna vindicación triunfadora de Cárdenas (crisis del Gobierno, nuevas elecciones) y, se trasluce, por el oportunismo de algunos de estos dirigentes en espera de su propio futuro. Pero lo que me interesa ahora es la percepción de Montes respecto de la izquierda en aquel momento. Reproduciré algunas de sus afirmaciones porque me parecen sintomáticas:

“Más allá de su significación momentánea, el fracaso de esa reunión reveló con claridad una tendencia liquidadora de la corriente comunista y socialista” (Montes, 1992, p. 25).

Hablando de los dirigentes del PMS después del 6 de julio de 1988, “Empezaron a abandonar su identidad socialista para transformarse en cardenistas” (Montes, 1992, p. 26).

Y, en la misma tónica “...algunos dirigentes se sintieron obligados, ya desde aquel momento, a adoptar poco a poco sus tesis sobre la vigencia de la ideología de la Revolución Mexicana a la cual, durante más de veinte años, habían sometido a acertada crítica...” (Montes, 1992, p. 26).

¿Había una “tendencia liquidadora”? En todo caso sería autoliquidadora porque eran exdirigentes del PCM. ¿Se “transformaron en cardenistas”? Tal vez siempre lo fueron, como la izquierda amplia mayoritaria desde, al menos, los sesenta, sin que eso excluyera que fueran comunistas.

El punto de vista de Montes es honesto y desde una cierta izquierda, pero es la de quien no ve o no admite los cambios operados en la izquierda los últimos treinta años. No ve que la tendencia no era una tendencia “liquidadora” sino unitaria y que la izquierda socialista era parte muy importante de ella desde tres décadas atrás pero sin ser la hegemónica. Los exdirigentes estaban representando *realmente* lo que había venido ocurriendo.

Hay un punto adicional al que Montes le otorga poca importancia en su análisis: la caída del “socialismo realmente existente”. De hecho, dice: “...las desventuras de la izquierda socialista mexicana no deben buscarse en las ruinas del muro de Berlín...”. Sí, sin duda, esa no puede ser la causa inmediata. Pero en el caso mexicano, la coincidencia en el tiempo entre la fusión del PMS en el PRD y la caída del muro de Berlín es importante: hubiera sido difícil seguir manteniendo una agrupación comunista de cuño netamente leninista después de 1989.

Puedo coincidir con Montes en que podía y quizá debía haber habido alguna forma de cohesión de un sector de la izquierda socialista mexicana que actuara al interior de la izquierda amplia pero no ya la de un partido autónomo. Se requería otra clase de agrupación, de organización, la cual, de todas formas aunque por otras vías, se mantuvo.

En una posición semejante a la anterior pero escrita desde un lugar distinto, M. Modonesi postula la tesis de una crisis histórica de los comunistas mexicanos.³¹ Si tomamos crisis en su sentido hipocrático, casi estaría de acuerdo: ese lapso del enfermo en que su dolencia llega a un punto culminante y después del cual se podrá hacer el pronóstico. Pero no es ese el sentido que Modonesi le da a crisis. Modonesi habla de “disolución” (p. 301), de “desdibujamiento de la identidad” (p. 305) y, aunque el título del capítulo alude a los comunistas mexicanos, a lo largo del texto la referencia es al comunismo “como proyecto y como movimiento” (p. 304).

Para Modonesi el mejor momento del PCM fue la segunda mitad de los setenta (p. 306). Cada una de las siguientes estaciones (PSUM, PRD) parece ir degradando el proyecto socialista porque eran respuesta de corto plazo, de pura oportunidad. Si bien coincido con algunos pocos puntos de su diagnóstico del país y la situación política, discrepo de su análisis del PCM.

En primer lugar, no está colocado en una larga perspectiva histórica: la ventana de tiempo que tiene ante sí es muy corta. En segundo, uno de los indicadores primordiales son los resultados electorales del PSUM, que califica de “decepcionantes”, apreciación muy relativa porque depende de cuál fuera la expectativa inicial (y ya dijimos arriba que las cifras electorales no eran los únicos indicadores a tomar en cuenta): Modonesi cree que esta expectativa era muy alta (¿qué y cuánto es alto?) pero no era así: el propósito, tácito desde 1976, mucho más explícito en 1982 y 1985, era pasar políticamente de una guerra de movimientos a una guerra de posiciones (para decirlo en términos gramscianos). Pero inmediatamente Modonesi pasa a la vida interna del PSUM: “... afloró rápidamente una degradación de la vida interna, polarizada por las luchas entre corrientes y las ambiciones personales, encarnizadas por la frustración que provocaba el estancamiento político de un proyecto

³¹ Aclaro que se tratará únicamente del texto de M. Modonesi referido en la bibliografía de este artículo. Este autor ha trabajado el tema o similares en otros textos y en sus estudios de posgrado cuyas tesis son asequibles en internet. No nos referimos a esas otras fuentes ni en particular ni en general.

político ambicioso. Solamente en segundo plano aparecieron las divisiones ideológicas...” (p. 310). Modonesi no cita ninguna fuente. Lo que expone es una simplificación muy burda y plana de los procesos que realmente se daban y notoriamente fuera de contexto histórico.

Siguiendo este punto de vista, ante la paulatina descomposición, las fusiones con otros partidos parecían la única oportunidad de sobrevivir. Comentando el informe de Pablo Gómez al último Congreso del PSUM, dice que a pesar de que fue una “autocrítica devastadora”, un “análisis despiadado”, “... Pablo Gómez negaba que la nueva fusión [*id. e.*, la del PMS] que se proponía fuera una salida desesperada...” y que confiaba en que se tratara de una nueva política. La fusión era, según Pablo Gómez, necesaria e inevitable (p. 311). Modonesi afirma que anteponer lo de “mexicano” a “socialista” en el nombre del partido fue una concesión a Heberto Castillo (p. 311). Con toda probabilidad así fue; del mismo modo que suprimir el símbolo de la hoz y el martillo. Pero, primero, no era nada nuevo: el PCM ya había tenido pláticas sobre la unidad con el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) durante los setenta y cuando se formó el PSUM; en ambas ocasiones la cuestión de los nombres y los símbolos distanció las negociaciones porque el PMT no se autodefinía como “socialista” sino como nacionalista. En ese sentido, aunque “socialista” fuera después de “mexicano”, significaba que el PMT también había cedido.

Segundo, si ampliamos el campo de visión, al margen del caudillismo que Castillo ejercía o podía ejercer en el PMT, en realidad se trataba de dos fuerzas políticas. En el PMT confluían varias vertientes y se esperaba que todas estuvieran más o menos representadas. No es exacto entonces decir que “fue una concesión a Castillo”. Tercero, sin duda, era más relevante negociar la forma político-organizativa que se adoptaría, cómo se iba a elegir la dirigencia, por ejemplo.

Parece haber una clave con la que Modonesi lee signos de crisis en los comunistas mientras otro enfoque interpreta casi esos mismos signos como crecimiento o robustecimiento de la izquierda –incluso la socialista–. Podría agregar que en la clave de lectura de Modonesi hay una confusión entre los vértices del rombo de la izquierda: el que se dejara

de cantar *La Internacional* (eso no lo dice Modonesi, lo digo yo, pero así ocurrió) no disminuía un ápice el ideario o el programa de la izquierda, afectaba su cultura, quizá lo que Modonesi entiende por “identidad”.

Desacuerdo con las tesis de M. Modonesi que plantea que las sucesivas fusiones y alianzas de la izquierda socialista que culminaron en la fundación del PRD en 1989 eran salidas coyunturales a una “crisis histórica de los comunistas” y que, al final del día, constituyó la desaparición de esa izquierda. Esa izquierda no desapareció; desapareció como partido separado, no el programa. Y desapareció no por liquidación o extinción o ejecución sino por una integración que muchos propugnaban en un conjunto mayor desde tres décadas antes. La unidad de la izquierda, la fusión de las organizaciones era un proyecto largamente acariciado por la izquierda misma, incluida –y tal vez en primer lugar– la comunista.

Algunas conclusiones

Hemos descrito el tránsito no del concepto de democracia sino de la noción y el reclamo de democracia en la izquierda mexicana y su importancia como un foco de acuerdo de la izquierda amplia. Siendo parte del discurso oficialista, del PRI, del centro político, pero demagógica, la demanda de democracia es apropiada y se encuentra presente en casi todo el abanico de la izquierda (excepto las organizaciones maximalistas e insurreccionistas) desde fines de la década de los cincuenta. En la izquierda socialista y en especial del PCM este tránsito no fue rectilíneo. Tuvo vaivenes que dependían en parte de la voluntad política del PCM pero en gran parte también de la coyuntura general del país y de la posición de las fuerzas políticas en cada momento histórico. Explicamos que no bastaba que el PCM quisiera volitivamente rescatar un pasado que vinculaba su ideario con los grandes momentos nacionales sino que fue necesario también que el discurso oficialista se desplazara, dejara libre el campo, para que el discurso del nacionalismo revolucionario fuera retomado por las izquierdas.

Mostramos que la asunción de la democracia por parte del PCM se dio no sólo en varios momentos sino también en varias dimensiones (programática, cultural, etc.). Esta asunción no podía ir sola y, aunque no nos detuvimos en ello, se mencionó que iba a la par de otros cambios en el PCM: la tendencia a algún tipo de unidad con otras fuerzas de izquierda (hasta la unidad orgánica, primero en el PSUM, luego en el PMS y al final en el PRD); el cambio en los paradigmas ideológicos partidistas al interior (el leninismo) pero también al exterior como la conceptualización de la Revolución Mexicana, del Estado mexicano vigente y, por ende, la posición del partido frente a él.

Propusimos un esquema –más operativo que conceptual– que permitiera entender la izquierda más allá de las definiciones típicas, un tanto dicotómicas y aisladas: se propone entender la izquierda como un proceso y el esquema es una relación entre los vértices de un rombo.

Planteamos los puntos de desacuerdo frente a otras tesis que veían en este proceso una especie de crisis o fracaso o abandono ya sea de la izquierda socialista y revolucionaria o de plano del comunismo. Podemos decir, sí, que desapareció la estructura partidaria. Pero sostenemos que no se perdió el ideario de la llamada izquierda socialista. No cabe duda de que la izquierda socialista se reconfiguró en su mayor parte dejando de lado un conjunto de tesis que no eran genéricamente comunistas sino específicamente leninistas (asalto al poder, dictadura del proletariado, centralismo democrático, etc.) o bien tendencias derivadas. La resultante fue una gran agrupación de fuerzas de izquierda cuya hegemonía no la tenía la izquierda socialista. Nunca la tuvo y difícilmente la podía haber tenido en las condiciones del pasado.

Ahora, al quedar dentro de los marcos de una izquierda entendida de modo más amplio, tanto histórica como ideológicamente, cambió su lugar programático, estratégico. Desarticulados los axiomas de un partido “vanguardista” se abrió la puerta a muchas otras formas de incidencia (teóricas y prácticas) de la izquierda socialista. Más aún: gran parte del acervo del marco neocardenista de nacionalismo revolucionario proviene de, o fue defendido por, la izquierda socialista, en especial el PCM (aunque no fuera particular de él). De no haber estado en aquel entonces,

probablemente no estaría hoy. Por último, entre la fundación del PRD y el día de hoy, hay que reconocer objetivamente y tomar en cuenta el papel primordial que la izquierda socialista ha jugado en la definición del Proyecto de Nación de MORENA y la Cuarta Transformación.

Referencias

- ARGUEDAS, Sol. 2014. *¿Qué es la izquierda mexicana?* Orfila. México.
- BARTRA, Roger. 1982. *El reto de la izquierda. Polémica del México actual*. Grijalbo. México.
- BOBBIO, Norberto. 2001. *Derecha e izquierda*. Punto de lectura. España.
- BOURDIEU, Pierre. 1990. "Espacio social y génesis de las 'clases'". En *Sociología y cultura*. Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México.
- CADENA-ROA, Jorge & Miguel Armando López Leyva (coords.). 2021. *Las izquierdas mexicanas hoy: las vertientes de la izquierda*. UNAM_IIS / Ficticia editorial. México.
- CHÁVEZ Ramírez, Paulina Irma. 1996. *Las cartas de intención y las políticas de estabilización y ajuste estructural de México. 1982-1994*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Puebla.
- CONCHEIRO, Luciano (curador e introductor). 2016. *Edición facsimilar de El Machete*. Fondo de Cultura Económica. México.
- CONCHEIRO, Luciano & Ana Sofía Rodríguez. 2017. *El intelectual mexicano. Una especie en extinción*. Debolsillo. México.
- CONCHEIRO & Rodríguez. "Las revistas del comunismo", en Illades (coord.). 2017, *Comaradas. Nueva historia del comunismo en México*. Fondo de Cultura Económica. México.
- COUSINET, Graciela. 2004. *Las matrices político ideológicas de fin de siglo en la Argentina*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- CUEVAS Díaz, J. Aurelio. 1984. *El Partido Comunista Mexicano 1963-1973*. Ed. Línea / Universidad Autónoma de Guerrero / Universidad Autónoma de Zacatecas. México.
- DELGADO Gómez, Álvaro & Alejandro Páez Varela. 2023. *Izquierda. 1923-2023: La terca travesía*. Grijalbo. México.
- DE Neymet, Marcela. 1981. *Cronología del Partido Comunista Mexicano Primera parte, 1919-1939*. Ediciones de Cultura Popular. México.
- HONORABLE Cámara de Diputados LXI Legislatura. 2012. *La gráfica política en México*. Comisión Editorial H. Cámara de Diputados. México.
- ILLADES, Carlos. 2012. *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*. Océano. México.

- ILLADES, Carlos (coord.). 2017. *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*. Fondo de Cultura Económica. México.
- ILLADES, Carlos & Rafael Mondragón Velázquez. 2023. *Izquierdas radicales en México. Anarquismos y nihilismos posmodernos*. Debate. México.
- INEHREM. 2020. *A 100 años de lucha popular. Partido Comunista Mexicano. Historia gráfica 1919-1985*. Secretaría de Cultura/INEHREM. México.
- MALDONADO, Edelmiro. 1981. *Breve historia del movimiento obrero*. Universidad Autónoma de Sinaloa. Culiacán.
- MÁRQUEZ Fuentes, Manuel & Octavio Rodríguez Araujo. 1973. *El partido comunista mexicano (en el periodo de la internacional comunista: 1919-1943)*. El caballito. México.
- MARTÍNEZ Nateras, Arturo. 2023. *La izquierda mexicana del siglo XX. Libros 4. Rojos. Diccionario biográfico*. Grupo Apóstrofe con escudo del Gobierno de Michoacán. México.
- MARTÍNEZ Verdugo, Arnoldo. 1977. *El Partido Comunista Mexicano y la Reforma Política*. Ediciones de Cultura Popular. México.
- MARTÍNEZ Verdugo, Arnoldo. 1983. *Historia del comunismo en México*. Grijalbo (Enlace). México.
- MONTES, Eduardo (Corriente del Socialismo Revolucionario). 1992. *La izquierda en la encrucijada*. Ediciones Socialismo. México.
- ORTEGA Reyna, Jaime. 2017. “¿Una “Nueva Época” del Partido Comunista Mexicano? Rupturas y continuidades en el comienzo de la década de los sesenta”. *Claves. Revista de Historia*, Vol. 3, Núm. 5. Montevideo, julio - diciembre 2017.
- ORTEGA Reyna, Jaime. 2023. “Un partido creado para desaparecer: vida, muerte y resurrección del partido obrero campesino mexicano (1949-1963)” en Reynoso Jaime & Velázquez Vidal (coord.). 2023. *Senderos de lucha. Las izquierdas mexicanas durante la época de la Guerra Fría*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos / Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales CICSER / Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México INEHRM / Secretaría de Cultura. México.
- PARTIDO Comunista Mexicano. 1973. *Partido Comunista Mexicano 1967-1972*. Ediciones de Cultura Popular. México.
- PÉLAEZ, Gerardo. 1980. *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia. II (cronología 1968-1979)*. Universidad Autónoma de Sinaloa. Culiacán.
- PIPITONE, Ugo. 2007. *Para entender la izquierda*. Nostra ediciones. México.
- REYNOSO Jaime, Irving & Uriel Velázquez Vidal. 2023. *Senderos de lucha. Las izquierdas mexicanas durante la época de la Guerra Fría*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos / Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales CICSER / Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México INEHRM / Secretaría de Cultura. México.
- RODRÍGUEZ Araujo, Octavio. 1979. *La reforma política y los partidos en México*. Siglo XXI. México.

- SEMO, Enrique. 1988. *Viaje alrededor de la izquierda*. Nueva Imagen. México.
- VIDAL, Godofredo (coord.). 2019. *La izquierda mexicana y el régimen político*. UAM-X / Itaca. México.

Siglario

Aunque se ha procurado poner el nombre completo antes de las siglas más específicas (no las más reconocidas) la primera vez que era usada, agregamos este siglario para ayuda a los lectores.

- CCI: Confederación Campesina Independiente
- CD: Corriente Democrática
- CLSNEEP: Conferencia Latinoamericana para la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz
- CTM: Confederación de Trabajadores de México
- EE. UU.: Estados Unidos de América
- FDN: Frente Democrático Nacional
- GATT: siglas del nombre en inglés General Agreement on Tariffs and Trade, en español Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio
- LLE: Liga Leninista Espartaco
- MLN: Movimiento de Liberación Nacional
- MORENA: Movimiento de Regeneración Nacional
- PAN: Partido Acción Nacional
- PCE: Partido Comunista Español
- PCI: Partido Comunista Italiano
- PCM: Partido Comunista Mexicano
- PMS: Partido Mexicano Socialista
- PMT: Partido Mexicano de los Trabajadores
- POCM: Partido Obrero Campesino Mexicano
- PP: Partido Popular
- PPS: Partido Popular Socialista
- PRD: Partido de la Revolución Democrática
- PRI: Partido Revolucionario Institucional
- PRM: Partido de la Revolución Mexicana
- PSUM: Partido Socialista Unificado de México
- UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México

